

Índice

	Agradecimientos	13
	Prólogo	15
	Introducción	19
1	El fútbol como fenómeno político	23
	1. El fútbol como transmisor de ideologías políticas	23
	1.1. El caso italiano: Mussolini y los Mundiales de 1934 y 1938 ..	23
	1.2. El caso alemán: Hitler y los Juegos Olímpicos de 1936	27
	1.3. El caso español: Franco y la furia española	30
	1.4. El caso brasileño: la búsqueda de la identidad nacional	32
	2. El fútbol como droga social	35
	3. Los éxitos (fracasos) futbolísticos como éxitos (fracasos) políticos	37
	4. El fútbol como medio de expresión de las diferencias políticas ...	49
	4.1. El caso irlandés: Celtic frente a Rangers	49
	4.2. El caso yugoslavo: Estrella Roja de Belgrado frente a Dínamo de Zagreb	52
	4.3. El caso español: Real Madrid frente a F. C. Barcelona	56
	4.4. Un caso particular: Honduras frente a El Salvador	61
	5. El fútbol como reivindicación nacionalista	62
	6. El fútbol como herramienta diplomática	66
	7. El fútbol como trampolín para el salto a la política	71
	8. Los futbolistas como transmisores de valores políticos	74
	9. El fútbol como lenguaje político	77

2	El fútbol como fenómeno social	81
	1. La indescriptible pasión por el fútbol	81
	2. Sudamérica, donde el fútbol es una forma de vida	92
	2.1. Brasil	93
	2.1.1. Algo más que un deporte	93
	2.1.2. Anatomía de una derrota: 16 de julio de 1950	98
	2.1.3. Edson Arantes do Nascimento, Pelé	103
	2.2. Argentina	107
	2.2.1. El fútbol como excusa	107
	2.2.2. Un diez muy especial: Diego Armando Maradona	109
	2.3. Uruguay: padre del fútbol	116
	3. Inglaterra: madre del fútbol	117
	4. Fútbol femenino: un futuro prometedor	122
	5. Real Madrid: un fenómeno sin precedentes	126
	5.1. El Real Madrid como fenómeno social	126
	5.2. El Real Madrid como fenómeno económico	132
	5.3. El Real Madrid como fenómeno deportivo	142
	5.4. El Real Madrid como fenómeno solidario	143
	6. Fútbol y medios de comunicación	146
	6.1. Fútbol y prensa	146
	6.2. Fútbol y televisión	148
	6.3. Fútbol y radio	151
	7. Acerca la pasión del fútbol: anécdotas reales	152
3	El fútbol como fenómeno económico	159
	1. Fútbol y economía	159
	1.1. El impacto de los campeonatos	160
	1.1.1. El impacto de la Eurocopa	160
	1.1.2. El impacto del Mundial	166
	1.2. El poder de los organismos	169
	1.2.1. El poder mundial: la Federación Internacional de Asociaciones de Fútbol (FIFA)	169
	1.2.2. El poder continental: la Unión de Asociaciones de Fútbol Europeas (UEFA)	170
	1.2.3. El poder nacional: la Liga Nacional de Fútbol Profesional (LNFP)	173
	2. Fútbol y globalización	173
	3. Fútbol y empresarios	176
	4. Fútbol y banca	181
	4.1. Fútbol y depósitos bancarios	182
	4.2. Fútbol y tarjetas bancarias	183
	5. Fútbol y mercado de valores	184
	5.1. Fútbol y acciones	184
	5.2. Fútbol y fondos de inversión	186
	5.3. Fútbol y capital riesgo	187
	5.4. Fútbol y activos titulizados	188
	5.5. Fútbol y opciones negociables o <i>warrants</i>	189
	6. El fútbol como inversión alternativa	189

	7. La economía de los clubes de fútbol	190
	8. El valor de la marca en los clubes de fútbol	205
	9. Marketing y fútbol: matrimonio de conveniencia	207
	9.1. Giras internacionales	209
	9.2. Patrocinio y publicidad	210
	9.3. Artículos promocionales (<i>merchandising</i>)	214
	9.4. Explotación de estadios	214
	9.5. Derechos de marca sobre los estadios (<i>stadium naming rights</i>)	217
	9.6. Medios tecnológicos y canales alternativos	221
	10. Futbolistas: los esclavos de oro	221
	11. David Beckham: un caso de estudio	232
4	El fútbol como fenómeno cultural	237
	1. Los intelectuales y el fútbol	237
	2. Fútbol y cine	248
	3. Fútbol y literatura	258
	4. Fútbol y pintura	270
	5. Fútbol y escultura	273
	6. Fútbol y teatro	274
	7. Fútbol y música	275
	8. Fútbol y filosofía	279
	9. El fútbol como expresión artística	281
5	El fútbol como fenómeno solidario y educativo	287
	1. Fútbol y responsabilidad social	287
	2. Fútbol a favor de la paz	289
	3. Fútbol a favor de los sin techo	290
	4. Fútbol contra el racismo	291
	5. Fútbol contra la droga	294
	6. Fútbol contra los accidentes de tráfico	295
	7. Fútbol contra la pobreza	297
	8. Fútbol contra las catástrofes naturales	298
	9. Fútbol contra la violencia de género	299
	10. Fútbol a favor de la ayuda humanitaria	300
	11. Fútbol al servicio de todos	303
	11.1. Fútbol sala	303
	11.2. Fútbol-7	304
	11.3. Fútbol playa	305
	11.4. <i>Goalball</i>	307
	12. El valor pedagógico del fútbol	308
	13. Fútbol en el ámbito de la gestión	310
	14. Fútbol en el ámbito académico	311
	Conclusiones	315
	Notas	319
	Bibliografía	331

«A raíz del Campeonato Mundial de Fútbol [de 2002] me vi obligado a tomar en cuenta un deporte que para mí era un símbolo de una incultura repugnante, un resumen de la estupidez de una civilización con el alma atrofiada. No comprendía por qué se daba tanta importancia a que un grupo de patanes diera patadas a una bola de cuero. Creía que era una actividad que desarrollaba la agresión y el patrioterismo, provocaba accidentes mortales en países subdesarrollados, atrofiaba la creatividad espiritual de los niños y servía de excusa a los burócratas para ocultar su vacío existencial llenando sus tertulias alcohólicas con guturales sobre el gol. Estaba equivocado. Me dije: un espectáculo al que asisten reyes, presidentes, ministros –que no asisten a inauguraciones de ferias de libros–, un acto que es televisado para que lo vean millones de personas, tiene que tener un profundo significado. No puede ser algo imbécil. Millones de personas, más reyes, presidentes, ministros y dictadores no se pegan al televisor así como así. El fútbol tiene que significar algo para la humanidad, porque si es un juego sin contenido espiritual entonces esta civilización está demente y la humanidad se deja manipular por comerciantes que esquilman para sus panzas dinero que podía ser utilizado en fines benéficos, como hospitales, alimento para seres desvalidos, etcétera. ¡No, me dije, el fútbol tiene que estar aportando algo a la humanidad!».

Alejandro Jodorowsky

Agradecimientos

«Ningún jugador es tan bueno como todos juntos», dijo en una ocasión Alfredo di Stéfano. La experiencia enseña que con el traje de llanero solitario las posibilidades de éxito son siempre limitadas. Solos no somos nadie. Necesitamos de los demás para llegar lejos. La ayuda material, intelectual o emocional ha sido esencial para finalizar este trabajo. Son muchas las personas –la mayoría buenos amigos– que directa o indirectamente, consciente o inconscientemente me han ayudado a la confección de este libro, y a las que por tanto debo mi agradecimiento.

A Pedro Medina Asensio. Fiel seguidor de mis escritos, leyó un borrador del libro en su estado más incipiente (allá por el año 2005). Sus sugerencias sirvieron para definir mejor el contenido y el continente de la publicación.

A Raúl Sánchez de la Fuente, una enciclopedia con piernas, cuya memoria prodigiosa para recordar con detalle datos, anécdotas y situaciones relacionadas con el balompié me permitió corregir ciertas cosas que no eran exactas.

A Sergio del Valle Regidor. Perfeccionista y crítico, Sergio es exigente consigo mismo y es exigente con los demás, lo que le convierte en un buen reclamo para mejorar cualquier trabajo. Realizó una exhaustiva lectura del libro e hizo interesantes aportaciones, la mayoría de las cuales ha sido incorporada a la versión final.

A Raúl Navarro Lozano, que también me propuso incorporar algunos epígrafes, descartar otros, aligerar ciertas partes del texto y profundizar en ciertos apartados. En muchas ocasiones hemos compartido buenos momentos de charla futbolística.

A James Birckett, un apasionado de la historia cuyos orígenes británicos me valieron para contrastar muchas cuestiones balompédicas. Gracias a él descubrí la película *Merry Christmas*, en la que se narra la conocida anécdota del enfrentamiento entre alemanes e ingleses en pleno campo de batalla durante la Primera Guerra Mundial. *Thank you, sir*.

A Manuel Medina, que me proporcionó un interesante informe recopilatorio sobre diferentes aspectos del balón que salió al mercado con ocasión del Mundial de Alemania 2006 y que me resultó muy útil.

A José Miguel Rodríguez Antón, catedrático de Organización de Empresas de la Universidad Autónoma de Madrid. Con la redacción de mi tesis doctoral que dirigió se empezó a fraguar este libro. Excelente profesional, José Miguel es una de esas personas con las que da gusto tratar.

A José Ignacio Rivero, vicepresidente del Real Madrid, no sólo por escribir el prólogo de este libro, sino también por todo el apoyo emocional que ha puesto para que este proyecto saliese adelante.

A José Aguilar López y Javier Fernández Aguado, compañeros de viaje de muchas aventuras empresariales y no empresariales. Con ambos he tenido muchas oportunidades de compartir proyectos, algunos de ellos relacionados con el fútbol.

A Enrique Arce, con el que he intercambiado numerosas impresiones acerca de muchos aspectos vinculados al fútbol en general y a su gestión en particular.

A Federico Fernández de Santos, socio de fatigas cotidianas con el que he tenido estimulantes jornadas con diferentes personalidades del mundo del balón.

A muchos directivos de clubes de fútbol –Real Madrid, Sevilla, Real Zaragoza, Numancia–, instituciones relacionadas con el sector –Liga de Fútbol Profesional, Real Federación Española de Fútbol– y profesionales del balón –jugadores, agentes y representantes, periodistas deportivos–, a los que he conocido a lo largo de los últimos años y que me han ayudado a entender mejor lo que representa este deporte y cuáles son algunas de sus particularidades más destacables.

A todos aquellos que sin saberlo me han servido de fuente de inspiración. Libros, revistas, periódicos o videos –las referencias son amplísimas– han constituido una fuente valiosísima de información y reflexión. Julián García Candau, Alfredo Relaño, Manuel Vázquez Montalbán o Jorge Valdano son algunos de los nombres que más han aportado a la literatura del balón.

A LID Editorial Empresarial y su equipo –Marcelino Elosua, Helena López-Casares, Maite Rodríguez Jáñez, Aldara Barrientos– por apoyar este proyecto que ya es una realidad.

A otros muchos amigos –siento no poder citar a todos, ellos saben quiénes son– que me estimulan día a día para seguir mejorando.

Prólogo

El ofrecimiento de Francisco Alcaide para que prologase su libro me permite hoy llegar a vosotros, los que estáis leyéndolo, y quiero animaros a seguir adelante, porque lo que os vais a encontrar en él, como a mí me ha sucedido, os va a resultar muy interesante.

Es difícil que alguien que no ama el fútbol se introduzca en estas páginas, pero para los que el fútbol nos produce profundas, espontáneas y sencillas emociones este libro es un contrapunto necesario, y lo es porque analiza el fenómeno del fútbol desde posiciones distintas a las que habitualmente lo solemos ver.

Sin duda el fútbol es el espectáculo más influyente de nuestro tiempo, y por lo tanto la visión de Alcaide nos permite argumentar objetivamente que el fútbol tiene, y puede tener para la sociedad futura, un papel que pocos le suelen dar.

Como afirmación de lo que estoy diciendo vayan como ejemplo los diferentes ángulos con los que el fútbol ha impactado en mi vida.

Mi padre ya estuvo muy ligado al fútbol. Empezó en el Valladolid, en cuyos orígenes participó activamente, posteriormente fue presidente de la Federación Española de Fútbol y por supuesto era junto con mi madre socio del Real Madrid; es decir, en los genes y en mi ambiente familiar el fútbol era una realidad desde mis primeros días de vida.

Ese impacto social del fútbol fue en mi vida algo permanente. Recuerdo, ya muerto mi padre, que en mi casa la radio estaba siempre encendida y los domingos la retransmisión de los partidos era el sonido que nos invadía a todos. Curiosamente como tantos y tantos españoles de mi época nunca vi un partido, los oía.

Cuando en el cine, a través del NODO (Noticiero Documental), ponía alguna de las hazañas de mi equipo, el Real Madrid, para mí ese momento era casi más importante, aunque más breve, que la propia película. ¡Ver unos segundos de un partido de fútbol!

Mi afición y la de mis amigos a los cromos de futbolistas era una de nuestras principales diversiones. Cuántas ilusiones de niño giraron en esa inocente actividad en la que descubríamos la cara de muchos de nuestros ídolos. Cambiarnos cromos e intentar encontrar ése que era tan difícil de tener ocupaban una gran parte de nuestro tiempo libre.

Posteriormente la televisión en un principio en los escaparates de las tiendas y después en la casa de algún amigo o en un bar nos juntaba en una improvisada tertulia siempre llena de ingenio, emociones y algunas disputas cargadas de gran sabiduría popular sobre un tema en el que todos nos sentíamos maestros.

Más tarde, mucho más tarde el fútbol se aproximó a mí en el ámbito profesional y económico: primero, cuando era consejero delegado del Banco Exterior de España, en dónde coincidí con Ramón Mendoza, por entonces presidente del Real Madrid. Ello propició que después de largas negociaciones sacáramos una tarjeta de crédito, de las llamadas de Afinidad, con la marca del Real Madrid y emitidas por un Banco Filial del Exterior, el Banco Directo, que yo presidía en aquellas fechas. Probablemente nos adelantamos al mercado, ya que posteriormente el producto ha sido utilizado por muchos clubes (el Madrid lo ha desarrollado en la actualidad con Banesto).

Y segundo, un poco más tarde, aprovechándonos del fenómeno del fútbol lanzamos un producto de captación de ahorro cuyo interés estaba indexado, es decir, referido al equipo por el que se apostaba que ganaría la liga: si se apostaba por equipos más modestos, que tenían menos probabilidades de ganar la liga, el interés era más alto; y si se apostaba por equipos más fuertes, el interés era más bajo. Cada equipo tenía un tipo de interés diferente. El producto tuvo un impacto mediático mundial y nos llamaron los medios de comunicación deportivos y económicos de infinidad de países de diferentes continentes para hacernos preguntas sobre él. He de confesar que desde el punto de vista de venta de productos este lanzamiento no fue un éxito, pero la notoriedad que se obtuvo en aquel momento fue muy importante para nosotros (recientemente he visto que se lanzaba algún producto similar).

Desde el año 2006 soy vicepresidente del Real Madrid y responsable de la parcela económica del club, lo que me ha permitido ampliar mi visión sobre el fútbol hasta límites impensables para mí y probablemente muy desconocidos por la mayoría de los aficionados.

El marketing deportivo, la importancia de una marca de dimensión universal, el patrocinio, el gobierno de un espectáculo quincenal en el que participan más de 2.500 personas para su realización y al que acuden más de 80.000 personas, el impacto económico del triunfo y de la derrota (menos mediático que el impacto deportivo, pero no por ello menos trascendente) y tantas y tantas cosas que entremezclan emociones, ilusiones, responsabilidades económicas, influencias éticas y responsabilidades sociales y culturales. Todo ello es parte de mi vida en la responsabilidad que tengo en el Real Madrid, tareas que para mí son un altísimo honor desempeñar y representa una responsabilidad difícil pero ilusionante de las que pocos han tenido la inmensa suerte de desempeñar.

Cómo no voy a compartir las ideas que Francisco Alcaide desarrolla en este libro en relación con el fútbol en general. Sin lugar a dudas el fútbol es un fenómeno deportivo inmenso, pero también es ese fenómeno multipolar que Francisco nos presenta en este libro.

Por todo ello no tengo otra opción que darle las gracias por dimensionarlo así y permitirnos a todos los aficionados subir un peldaño más en nuestro respeto y amor al fútbol.

José Ignacio Rivero
Vicepresidente del Real Madrid

Introducción

Éste no es un libro sobre fútbol, aunque también trata de él. Pretende abordar lo que significa este deporte en los más diversos ámbitos: político, social, económico, cultural, solidario y educativo. No hay fenómeno alguno comparable al fútbol. Su capacidad de influencia se produce en todos los órdenes y además de manera internacional. Prácticamente no hay rincón en el planeta en el que una pelota –o algún objeto similar– haya dejado de dar lugar a un partido de fútbol.

A más de uno le puede chocar una publicación de este tipo. Ya dijo Jorge Valdano que «alguien que pretenda reflexionar sobre el fenómeno del fútbol no tiene buena aceptación». También el periodista y escritor uruguayo Eduardo Galeano escribió algo parecido: «¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales».

Hasta hace poco la relación entre el mundo intelectual y el fútbol era distante. En sus orígenes, cuando el fútbol estaba poco regulado, era visto como un deporte de analfabetos y gente ruda. Posteriormente fue considerado el opio del pueblo, ese instrumento al servicio del poder con el que cautivar ideológicamente a la población y mantenerla en un estado de calma política. Todavía hoy día sigue siendo denostado por algunos que no comprenden cómo es capaz de atrapar a tanta gente. Poco a poco, sin embargo, el fútbol ha ido ocupando el sitio que le correspondía y en el siglo XXI se ha convertido, como apuntase Manuel Vázquez Montalbán, «en la droga dura de las democracias».

El origen de este libro se remonta unos años atrás, cuando en 2003 me embarqué en un proyecto empresarial relacionado con el balompié y simultáneamente comencé a preparar

mi tesis doctoral sobre la gestión de los clubes de fútbol. Aunque siempre he tenido cerca un balón, me quedé maravillado por todo lo que fui descubriendo, sorpresa que aumentaba a medida que la exploración avanzaba. Nunca pensé que un esférico pudiese dar tanto de sí. Consideré entonces que era necesario condensar y transmitir en papel todo aquello que me había llamado la atención y que intuía que era poco conocido para mucha gente.

En primer lugar, el fútbol es un fenómeno político que ha sido utilizado –y sigue siéndolo, aunque de manera más sutil– por los gobiernos para vincular éxitos futbolísticos con triunfos políticos. Las victorias alimentan el orgullo de la nación al tiempo que sirven de excusa para desviar la atención de otro tipo de problemas. En otros casos el fútbol es el recurso con el que aquellos países en proyecto tienen la oportunidad de ganarse el respeto en la escena internacional. Lo dijo el camerunés Roger Milla: «Gracias al fútbol un país pequeño puede ser grande».

El fútbol es también un fenómeno social capaz de alterar hábitos que parecen inamovibles. Algunos incluso han establecido un paralelismo entre la forma del globo terráqueo y la pasión que despierta el balón. Fue un periodista alemán quien sentenció que «el mundo es redondo porque Dios es hincha del fútbol». Es posible, por qué no.

Igualmente el fútbol es un gran fenómeno económico. En España entre efectos directos e indirectos representa más del 1% del Producto Interior Bruto (PIB) y de él se benefician empresas del sector textil, agencias de viajes, hostelería y un sinfín de negocios adyacentes. La última Eurocopa de 2008 de Austria y Suiza generó en todo el continente europeo 1.400 millones de euros y la victoria de la selección española supuso para nuestro país una inyección de 90 millones de euros. La liga española ha pasado a denominarse Liga BBVA y son numerosas las entidades financieras que a través de diferentes iniciativas –depósitos, tarjetas de crédito, fondos de inversión– intentan aliarse con el deporte rey al ser conscientes del gancho que tiene entre la población.

El fútbol es asimismo un fenómeno cultural. Su capacidad de seducción entre la población ha dado lugar a la aparición de numerosas producciones artísticas en todos los campos: cine, literatura, pintura, escultura, teatro o música. Habitualmente el arte pretende captar la realidad que nos rodea, y si hay una realidad incuestionable en la sociedad, ésta es el fútbol.

Sin lugar a dudas el fútbol es un fenómeno solidario extraordinario y probablemente no haya otro con su capacidad de convocatoria. Donde hay desgracias –pobreza, droga, discapacidad, catástrofes naturales– el fútbol es una de las primeras alternativas a las que se acude, y éste, siempre generoso, presta su apoyo a cualquier iniciativa que le reclama.

La función pedagógica del fútbol es incuestionable, por eso también representa un fenómeno educativo de enorme eficacia. El balompié exige poner en práctica valores como el trabajo en equipo, la solidaridad, la generosidad, la disciplina, el compañerismo o el juego limpio. Gracias a ello luego resulta más fácil trasladar todos estos valores –de enorme utilidad– a nuestra vida diaria. Ni más ni menos que un premio Nobel, Albert Camus, fue el que señaló lo siguiente: «Después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol».

Esta capacidad de influencia en todos los órdenes ha convertido al fútbol en el rey de los fenómenos. Era una cuestión de justicia, por tanto, rendirle un homenaje.

De todos los libros que he publicado hasta el momento, éste es el que con creces más tiempo y esfuerzo me ha consumido, aunque también, todo hay que decirlo, con el que más he disfrutado tecleando en el ordenador. La razón es sencilla: hablar de otros temas interesa a unos pocos; hablar de fútbol interesa a casi todo el mundo, y eso supone un plus de motivación a la hora de sentarse a escribir.

Son muchos los escritores que se confiesan futbolistas frustrados. La pluma se convierte entonces en la alternativa con la que saciar la nostalgia de pisar el césped. El mexicano Juan Villoro lo expresa magistralmente: «Fui un estupendo futbolista sólo en mis sueños; siempre quise ser jugador, lo cual es, obviamente, una vocación frustrada, porque no tuve suficiente talento. Así que la manera de acercarme al juego es hablar de él incorporándolo a la literatura. Ésa es una ventaja de mi oficio, que tus frustraciones y deseos se pueden satisfacer inventándose como personaje». Probablemente en mi caso también haya algo de cierto.

A lo largo de todo el libro he pretendido que el humor no falte. Desde mi punto de vista, el rigor no está reñido con la diversión. Groucho Marx, con su ironía habitual, afirmaba: «La risa es una cosa demasiado seria». Por este motivo, las citas, anécdotas y curiosidades son frecuentes y espero hagan pasar un buen rato al lector.

Unas últimas palabras. Un libro no se acaba, se termina. Uno nunca ve el momento de poner el punto final y cuando se hace se tiene la sensación de que hay deudas pendientes. El fútbol es inabarcable. Páginas enteras pueblan a diario los periódicos deportivos y no deportivos. Uno podría seguir y seguir escribiendo párrafos de manera indefinida. Las razones para concluir son evidentes: espacio y tiempo. Ha habido cosas que se han quedado en el tintero que espero que en futuros artículos y libros vayan apareciendo.

1

El fútbol como fenómeno político

1. El fútbol como transmisor de ideologías políticas

A lo largo de la historia del fútbol –la historia del siglo XX se podría decir– el vínculo entre el fútbol y la política ha sido muy estrecho, y se ha identificado a este deporte como un aliado inseparable de fascismos y dictaduras que hallaban en los éxitos futbolísticos un mecanismo generador de ideología y acción propagandística. Benito Mussolini, Adolf Hitler y Francisco Franco fueron tres de las personalidades más activas en la utilización del balón como proveedor ideológico de sus respectivos regímenes.

1.1. El caso italiano: Mussolini y los Mundiales de 1934 y 1938

El primer régimen que se sirvió del fútbol con fines políticos fue el fascismo de Benito Mussolini en Italia. El dictador había subido al poder el 28 de octubre de 1922 al frente del Partido Fascista Italiano. Pronto se erigió en el artífice del resurgimiento de la supremacía italiana inspirada en el modelo del Imperio Romano y tres años fueron suficientes para instaurar la primera dictadura fascista en Europa.

Mussolini no era un entusiasta del fútbol, pero enseguida se percató de las enormes posibilidades que brindaba el balón para ganarse a la opinión pública. Como oportunista, aprovechó el momento. Sabía que el fútbol era un deporte de masas y por tanto ahí era donde debía dirigirse. El Gobierno necesitaba el apoyo popular, y el apoyo popular se encontraba en el balón. Para los fascistas el fútbol era algo más que un deporte, ya que

«permitía concentrar en un espacio propicio para la puesta en escena a considerables muchedumbres, ejercer sobre ellas una fuerte presión y alimentar los impulsos nacionalistas de las masas»¹.

En 1934 Italia acogió la II edición de la Copa del Mundo. Mussolini era consciente de lo que representaba organizar un acontecimiento de tal envergadura y anhelaba que su país fuera sede del evento para difundir al resto del mundo su ideología y exhibir el poderío militar y expansionista de su régimen. El presidente de la Federación Italiana de Fútbol, Giorgio Vaccaro, afirmó: «La última meta del acontecimiento será la de demostrar al universo lo que es el ideal fascista del deporte».

Suecia, el otro país con opciones para organizar el Mundial, retiró su candidatura sin explicar las razones. Parece ser que las presiones diplomáticas de Mussolini fueron suficientes para deshacerse del país nórdico. La selección uruguaya, previendo el transcurrir del campeonato, se negó a participar: «No iremos en rechazo al régimen fascista italiano y a la utilización política que se hará del evento».

Poco antes del comienzo del campeonato el líder fascista comunicó a Vaccaro en un conciso pero claro mensaje cuáles eran las pretensiones del certamen:

– No sé cómo hará, pero Italia debe ganar este campeonato.

Vaccaro, ingenuo, contestó:

– Se hará todo lo posible.

La respuesta de «Il Duce» fue contundente:

– No me ha comprendido bien. Italia debe ganar este Mundial. Es una orden.

Para que no se descuidase detalle alguno, Mussolini asumió el control total de la organización del certamen. Todo el campeonato fue un programado ejercicio político. Los carteles que anunciaban el evento mostraban la figura de Hércules con un pie sobre un balón y el brazo extendido haciendo el saludo fascista. El estadio de Turín pasó a llamarse Stadio Mussolini. Y los jugadores de la selección, a los que el mandatario italiano denominaba «soldados al servicio de la causa nacional», comenzaban y terminaban los partidos saludando al público con el brazo extendido en alto y cantando a Italia.

La idea de Mussolini de mostrar al mundo el poder italiano no era sólo un pensamiento, sino que fue acompañada de símbolos que así lo corroborasen. Para ello, «Il Duce» mandó diseñar un trofeo especial destinado al campeón seis veces más grande que el de la edición anterior, en cuya parte inferior aparecía una inscripción que decía: «Coppa del Duce».

Para asegurarse una selección nacional de éxito creó la figura de los oriundos –que tanta importancia tendría en España posteriormente–, descendientes de italianos en el extranjero que eran nacionalizados. Mussolini sabía que el buen fútbol estaba al otro lado del charco, en tierras latinoamericanas, donde existía una amplia colonia italiana. Por ello

mandó fichar a esos grandes jugadores, los nacionalizó y así se incorporaron a la selección nacional. Fueron los casos de Monti y Orsi (Juventus), Guaita (Roma), Guarisi (Lazio) y Demaría (Ambrosiana).

En un Mundial diseñado a la medida de «Il Duce» el dictador se preocupó personalmente de designar a los colegiados que debían pitar los partidos y no se perdió ni un encuentro del combinado italiano, que presenció desde la tribuna del palco.

España fue una de las selecciones que sufrió la parcialidad de los arbitrajes aleccionados por el dirigente fascista. Italia venía de derrotar a Estados Unidos en octavos de final por 8-1 y España a Brasil por 3-1. En cuartos de final ambos países debían jugarse el pase a la siguiente fase. Era una final anticipada, ya que ambos equipos venían desplegando el mejor juego. España se adelantó en el marcador en el minuto 31 con gol de Regueiro. Cuando el primer tiempo estaba a punto de finalizar, Ferrari empató el marcador, pero el árbitro belga Louis Beart anuló el tanto por clara falta de Schiavo a Zamora. Los italianos enfadados comienzan a reclamar y el colegiado, tras consultar con el juez de línea, concedió el tanto.

En la segunda mitad el árbitro fue protagonista de nuevo al anular un gol a los españoles por un fuera de juego inexistente. Con empate a 1 se llegó al final. El partido de desempate se jugó al día siguiente, el 1 de junio. Los italianos ganaron 1-0 gracias a un gol de Meazza en el minuto 11. El suizo René Mercet también tuvo notable influencia en el marcador final al anular un tanto al equipo español. La actuación del colegiado fue tan descarada que la federación de su país le suspendió de por vida. Después del partido el colegiado belga John Langenus, que cubría el evento como periodista, dijo: «España, verdadero campeón del mundo [...]. Italia necesitaba ganar. Cosa natural, pero no se preocupó de impedir que se viera tan claramente»².

El defensa Jacinto Quincoces, integrante de aquella selección y nombrado mejor lateral izquierdo del torneo, recordaba tiempo después: «Dominamos claramente y sólo nos pudieran marcar después de que a Zamora lo metieran en la portería de un puñetazo. Además anularon un gol a Lafuente por fuera de juego cuando había hecho una jugada individual en la que dribló hasta el banderín de córner. Luego en el desempate teníamos siete lesionados de los palos que nos habían dado. Yo tuve que jugar lesionado. Pero nuevamente recurrieron a los golpes y a un arbitraje muy parcial para ganarnos»³.

Pedro Escartín, jugador, seleccionador nacional, árbitro internacional y periodista —«en el fútbol lo he sido todo, menos balón», dijo en cierta ocasión— también comentaba este episodio así: «Fue el partido más politizado, anormal en su desarrollo. A España le limpiaron en sus dos partidos frente a Italia con dos arbitrajes parciales. En aquel Mundial hubo una funesta influencia de la política. Era la Italia de Mussolini. Además económicamente hubiera supuesto un gran fracaso que Italia fuera eliminada a las primeras de cambio»⁴. Los jugadores transalpinos recibieron una prima de 10.000 liras por cabeza.

Después de dejar en el camino a España, Italia se enfrentó en semifinales a Austria, la favorita del torneo. Fue el partido con mayor recaudación del Mundial: 811.526 liras. El encuentro contra los austriacos tampoco estuvo exento de polémica. Según se dice, el árbitro nombrado para el encuentro, el sueco Ivan Eklind, había cenado la noche anterior

con el mandatario fascista. El equipo italiano ganó por 1-0 a los austriacos gracias a un claro fuera de juego no pitado. Bican, jugador austriaco presente en aquel encuentro, sostuvo hasta su muerte en 2001 que el partido estaba de parte de los anfitriones: «Por nuestro entrenador Hugo Meisl sabíamos que el árbitro estaba comprado y que iba a arbitrar a favor de los italianos. Hasta llegó a jugar con ellos. Cuando pasé un balón al ala derecha uno de mis compañeros, Zischek, corrió a por él, pero el árbitro se lo devolvió a los italianos. Fue una vergüenza»⁵.

En la final, en el Estadio del Partido Nacional Fascista, el rival fue Checoslovaquia. Asistieron más de 50.000 espectadores, la mayoría de ellos funcionarios del partido de «Il Duce». La descarada actuación del sueco Eklind en la semifinal no fue impedimento para que Mussolini le designase nuevamente como colegiado para el último partido del torneo. Antes del pitido inicial Eklind fue el único invitado al palco de honor para saludar al «Il Duce», lo que hacía presagiar el desenlace del encuentro. Si esto ocurría, lo normal era que se invitase a los capitanes de los dos equipos, y en su caso, al árbitro. Sólo acudió este último. Aquello mermó la moral de los checos, que conocían el precedente de la semifinal contra los austriacos.

En el descanso del partido, con el resultado de empate a 0, un enviado de Mussolini se personó en el vestuario italiano y entregó al seleccionador *azzurri*, Vittorio Pozzo, una nota manuscrita en la que decía:

– Señor Pozzo, usted es el único responsable del éxito, pero que Dios lo ayude si llega a fracasar.

Inmediatamente el entrenador se dirigió a los jugadores con el siguiente mensaje:

– No me importa cómo, pero hoy deben ganar o destruir al adversario. Si perdemos, todos lo pasaremos muy mal.

Italia, como estaba previsto, ganó y ello a pesar de que en la portería contraria se encontraba el guardameta Planicka, apodado «el Zamora del Este». El resultado final fue 2 tantos a 1. Al día siguiente, los vencedores asistieron a la ceremonia de celebración que el líder fascista les había organizado vestidos con el uniforme militar.

La victoria de la plantilla transalpina proporcionó entonces una oportunidad propagandística inigualable para cimentar la imagen del país y de su dirigente y agasajar al régimen. El periódico *Il Messagero* destacaba el triunfo de la *squadra azzurra* con estas palabras: «Es en nombre de Mussolini por el que la juventud de la Italia fascista se hace fuerte en los estadios [...]; es en nombre de Mussolini por el que nuestro equipo se ha batido en Florencia, en Milán y ayer en Roma para conquistar el título mundial»⁶.

El control que ejerció «Il Duce» sobre toda la organización de la competición fue absoluto. Cuando acabó el certamen, el presidente de la FIFA en su correspondencia diaria con su secretario general decía: «Tengo la impresión de que no ha sido la FIFA la que realmente ha organizado la Copa del Mundo, sino Mussolini». «Il Duce» salió fortalecido del evento y su popularidad se vio incrementada notablemente, lo que sirvió para que el fascismo se convirtiese en una especie de religión laica.

Cuatro años más tarde, ésta vez en Francia, el conjunto italiano repitió triunfo. El campeonato, con el mundo convulsionado y la guerra en ciernes, también estuvo ensombrecido por cuestiones políticas.

Italia se desentendió de Noruega (2-1) en octavos de final; de Francia (3-1) en cuartos; y de Brasil (2-1) en la semifinal. El partido contra los franceses, el 12 de junio, se jugó en medio de un gran ambiente hostil. El Gobierno francés era uno de los que había otorgado asilo político a los fugitivos de la dictadura fascista. La situación se hizo más tensa cuando los italianos saltaron al terreno de juego con las camisetas negras del fascismo e hicieron un tímido saludo imperial, lo que provocó una gran pitada del público asistente al estadio.

En el último partido del campeonato la selección italiana debía enfrentarse a Hungría. «Il Duce», conocedor de la importancia de la victoria para continuar demostrando al resto del mundo la superioridad del régimen fascista, envió la víspera del partido un telegrama intimidatorio a los jugadores italianos en el que les advertía: «Vencer o Morir».

La consigna de Mussolini se cumplió e Italia se consagró de nuevo campeona del mundo tras vencer por 4 tantos a 2. Después del partido el guardameta húngaro, Antal Szabó, afirmaba:

– Nunca en mi vida me he sentido más feliz después de un partido.

Ante la mirada atónita de los allí presentes añadió:

– He salvado la vida a once seres humanos. Me han contado antes de empezar el partido que los italianos habían recibido de Mussolini un telegrama que decía: «Vencer o Morir». Han vencido.

Los periódicos italianos tampoco desaprovecharon esta ocasión para hacer propaganda. El éxito era atribuido «a la excelencia atlética y espiritual de la juventud fascista en la misma capital del país cuyos ideales y métodos son antifascistas»⁷. El rotativo deportivo la *Gazzetta dello Sport* calificó esta segunda copa como «la apoteosis del deporte fascista en esta victoria de la raza» además de ser «una gran victoria para el nombre y prestigio de “Il Duce”».

1.2. El caso alemán: Hitler y los Juegos Olímpicos de 1936

Alemania, con Adolf Hitler a la cabeza y Joseph Goebbels⁸ como ministro de Propaganda, hizo usos similares del fútbol en la XI edición de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Hitler fue un gran especialista en hacer de la manipulación del deporte una obra de arte. La obsesión del líder alemán por mostrar al mundo la superioridad del pueblo germano y la fuerza de la ideología nazi hizo de este evento, desde el punto de vista organizativo, el mejor de la historia hasta ese momento. Hitler tenía en sus manos un gran escaparate ante el mundo y no estaba dispuesto a dejar escapar la ocasión. Para ello no escatimó gastos: 30 millones de dólares de presupuesto frente a los 2 millones de

los Juegos Olímpicos de Los Ángeles cuatro años antes: «El transporte de los deportistas funcionaba con la precisión de un reloj [...]. El elevado nivel técnico de los juegos se puso de manifiesto en todo momento. El cronometraje eléctrico y la foto de llegada, empleados por vez primera en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, fueron perfeccionados. Se innovaron los sistemas de información tanto para los jueces como para el público en general. La cobertura informativa de las pruebas fue excelente»⁹.

Para los nazis el deporte en general y el fútbol en particular también eran un arma inmejorable para destacar la pureza de la raza aria: «Ganar un partido internacional –aseguraba Goebbels– es más importante para la gente que capturar una ciudad»¹⁰. Los futbolistas germanos también realizaban el saludo imperial antes del pitido inicial y exhibían la cruz esvástica en el escudo de la camiseta.

El certamen se celebró entre el 1 y el 16 de agosto de 1936 y en él participaron 4.069 deportistas procedentes de 49 países que compitieron en 19 modalidades deportivas y 129 especialidades. En la ceremonia de apertura, después del himno oficial, más de 100.000 personas entonaron el *Heil Hitler* en el estadio de Grünewald. Alemania fue el país que más metales se adjudicó en el evento, 89 en total: 33 de oro, 26 de plata y 30 de bronce. Los alemanes triunfantes eran exaltados en los periódicos como los «rubios vencedores». La primera medalla olímpica fue también para un alemán, Hans Woellke, que lanzó el peso a 16,20 metros, lo que le sirvió para ser ascendido a teniente «por sus servicios a la patria».

Sin embargo, no todo transcurrió según lo previsto. El afroamericano James Cleveland Owens, Jesse Owens, un estudiante de la Universidad de Ohio, resultó el gran triunfador del certamen. El atleta estadounidense sumó cuatro medallas de oro, de las cuales tres fueron récord olímpico: en 200 m (20,7 s), salto de longitud (8,05 m) y 4 × 100 relevos (39,8 s); y dos récords mundiales: en 200 m y en 4 × 100 relevos; además, igualó el récord olímpico anterior de los 100 m (10,3 s).

El color de la piel del atleta y sus resultados no sentaron nada bien a Hitler. La prensa germana lo menospreciaba llamándole «el esclavo de los blancos americanos». Para aplacar el enfado del Führer después de la primera medalla de oro en los 100 m, los súbditos del Tercer Reich le prometieron que el equipo olímpico de fútbol ganaría sin problemas a la selección Noruega, con la que tenía que enfrentarse días después. La victoria permitiría recuperar el orgullo herido y de este modo reafirmar la superioridad germana. El dirigente alemán acudió a presenciar el partido en su primera aparición en un encuentro de fútbol. El equipo alemán, contra todo pronóstico, perdió el partido, lo que encendió aún más las iras del líder nazi.

En marzo de 1938, con la anexión político-militar de Austria por parte de las tropas alemanas en la operación *Anschluss*, los futbolistas austriacos pasaron a defender al país del Führer. En aquella época la selección austriaca, conocida como el *Wunderteam* (equipo milagro), gozaba de un gran prestigio internacional y su fútbol «era lo más parecido a escuchar un vals».

Hitler vio entonces la posibilidad de incorporar los talentos austriacos a la selección alemana y construir un equipo nacional sólido para competir con garantías de éxito en el

Mundial que se avecinaba en apenas tres meses y de este modo limpiar la imagen mostrada en los Juegos Olímpicos dos años antes. Matthias Sindelar, delantero de origen judío al que apodaban «el Mozart del fútbol», era el jugador con más talento del equipo y una de las figuras destacadas del Mundial de 1934. También era conocido como «el hombre de papel» debido a su habilidad para filtrarse entre las defensas contrarias. Considerado un héroe nacional, su forma de jugar había inspirado a poetas. El austriaco Friedrich Torberg le escribió estas letras: «Jugaba al fútbol como ninguno / ponía gracia y fantasía / jugaba desenfadado, fácil y alegre / siempre jugaba y nunca luchaba». También tuvo un papel destacado en el reparto de una película y una encuesta a finales de siglo reveló a Sindelar como el mejor deportista austriaco del siglo XX.

Sindelar, sin embargo, utilizó todo tipo de artimañas para no formar parte del equipo nacional alemán: «Nunca lo dijo públicamente por temor a las represalias, pero Sindelar se negó a formar parte de esa nueva y poderosa Alemania. Simuló lesiones para eludir las convocatorias, porque le repateaba el hígado simplemente pensar que antes de empezar el partido tendría que ejecutar el saludo nazi. No quería doblar la rodilla ante los culpables de la muerte de muchos conocidos judíos y a su manera, con el balón y su destreza, le ganó una batalla futbolística al régimen hitleriano»¹¹. Se dice que Sindelar «despreciaba a los nazis y deploraba la anexión de su tierra natal. Detestaba la política de sólo arios que había acabado con la expulsión de todos los funcionarios judíos de su club, el Austria-Viena»¹².

Para celebrar la anexión se disputó un amistoso entre las selecciones de Austria y Alemania. Esta vez Sindelar no buscó excusa alguna y acudió a jugar con su verdadera selección. Las crónicas señalan que los austriacos habían recibido la orden de dejarse ganar. En la primera parte del encuentro Sindelar jugó discretamente. Se desentendía de sus adversarios alemanes y cuando llegaba el momento de introducir la pelota en la portería la tiraba fuera. Sin embargo, en el segundo tiempo el orgullo pudo más y uno de los tantos que marcó se lo dedicó a los alemanes con aires desafiantes: «Su celebración levantó ampollas. Sindelar se situó frente al palco y ante la mirada furiosa de las autoridades nazis se marcó una danza interpretada como una deshonrosa ofensa»¹³.

La osadía le costó cara. Inmediatamente fue señalado como traidor y perseguido por la maquinaria nazi. Hitler no perdonaba que alguien no se plegase a sus apetencias. El final para el jugador fue trágico: apareció muerto en su casa por emanación de monóxido de carbono la noche del 22 al 23 de enero de 1939. Tenía 36 años. Todavía hoy día la causa real del fallecimiento es una incógnita. Hubo una investigación para esclarecer lo ocurrido, pero el informe oficial se extravió. Todos los indicios apuntan a que directa o indirectamente fue asesinado por los alemanes. Algunos señalan que se suicidó, ya que al no poder continuar jugando al fútbol su vida carecía de sentido. A su entierro se atrevieron a asistir 40.000 personas entre fuertes medidas de seguridad. Un monumento le recuerda como símbolo de la resistencia antifascista austriaca y todavía hoy día seguidores y dirigentes del Austria de Viena acuden a visitar su tumba el día del aniversario de su fallecimiento. También en la capital austriaca existe una calle –la Sindelarstrasse– dedicada al futbolista.

En Ucrania también un monolito conmemora a los futbolistas del Dínamo de Kiev de 1942 aniquilados por el Tercer Reich: «En plena ocupación alemana cometieron la locura

de derrotar a una selección de Hitler en el estadio local. Les habían advertido: Si ganan, mueren. Entraron resignados a perder, temblando de miedo y de hambre, pero no pudieron aguantarse las ganas de ser digno»¹⁴. El canciller germano, que no podía permitirse una humillación semejante, zanjó la cuestión de un plumazo: «Los once fueron fusilados con las camisetas puestas en lo alto de un barranco cuando terminó el partido»¹⁵.

1.3. El caso español: Franco y la furia española

Durante el franquismo España no fue indiferente a la explotación política del fútbol. Con la llegada al poder del Caudillo tras la Guerra Civil (1936-1939) comenzó la instrumentalización política del fútbol.

La Delegación Nacional de Deportes (DND) –cuyo lema era «haga deporte y mejore la raza»–, dependiente de la Secretaría General del Movimiento y a cuyo frente estaba el general José Moscardó, fue creada con la finalidad de utilizar el deporte como exhibición internacional de la virilidad hispana al estilo de los regímenes totalitarios de Italia y Alemania en los decenios 1930 y 1940.

Los futbolistas españoles, al igual que sus vecinos italianos y alemanes, se alineaban antes de cada encuentro con la palma extendida en alto para entonar el *Cara al Sol* y gritar «¡Arriba España! ¡Viva Franco!»: «En la tarde del caluroso domingo del 25 de junio de 1939, el Sevilla y el Racing de El Ferrol disputaron la primera final de la Copa del Generalísimo en el estadio Montjuich de Barcelona. Habían pasado menos de tres meses de la conclusión de la Guerra Civil [...]. Los dos equipos se alinearon antes del comienzo del partido y elevaron el brazo para hacer el saludo fascista. Pocos segundos más tarde por los altavoces del estadio irrumpió el himno de batalla falangista *Cara al Sol*. Los jugadores empezaron a cantar entusiasmadamente y la multitud que llenaba el estadio pronto les siguió de pie con los brazos en alto y cantando como un solo hombre»¹⁶.

Las manifestaciones políticas fascistas se hicieron aún más evidentes durante el denominado período azul (1939-1945). La camiseta roja de la selección, diseñada por el marqués de Villamejor para la primera participación nacional en los Juegos Olímpicos de Amberes (Bélgica) de 1920, fue sustituida por otra de color azul a fin de evitar cualquier tipo de duda política: «La susceptibilidad de la época llegaba a estos extremos: todo lo rojo quedaba proscrito, aunque fuese en las camisetas del equipo nacional de fútbol, que se sustituyeron por otras azules, más en consonancia con las tendencias cromáticas de los años cuarenta»¹⁷.

Cualquier influencia foránea era tildada de sospechosa, por lo que los clubes que habían adoptado nombres anglosajones por la influencia inglesa también se vieron obligados por orden de 1 de febrero de 1941 a castellanizarse. Entre otros, el Football Club Barcelona pasó a llamarse Fútbol Club Barcelona; el Athletic Club de Bilbao, Atlético Club de Bilbao; y el Sporting de Gijón, Deportivo de Gijón.

Las redacciones de los periódicos también sufrieron los caprichos políticos y tuvieron que emprender un proceso de nacionalización del lenguaje, acomodando los tecnicismos ingleses fuertemente asentados a otras expresiones con acento español. Entre otras, *balompié* en lugar de *foot-ball*, saque de esquina por *corner*; juez de línea por *linier*, árbitro en sustitución de *referee*, o *chut* por *shoot*.

Además de estas medidas era obligatorio que la junta directiva de cada club contase entre sus filas con dos falangistas como mínimo.

El equipo nacional fue un gran socio de Franco para exaltar la furia española y explotar el concepto de madre patria. El Mundial de Brasil de 1950 constituyó uno de los acontecimientos de mayor exaltación patriótica. Antes de partir a tierras sudamericanas los jugadores habían sido advertidos de la importancia del evento en unos momentos en los que España intentaba asomar la cabeza en el panorama internacional. Según contaba Luis Molowny, durante una sesión de entrenamiento antes de ir a Brasil representantes del Gobierno insistieron machaconamente a los jugadores que debían considerarse embajadores de España ante quienes hasta entonces —el resto del mundo— les habían hecho un vacío por atreverse a ser diferentes: «A los jugadores se les dijo que debían mostrar un comportamiento impecable en todo momento, que vistiéramos el traje oficial, que dijéramos lo correcto a los periodistas extranjeros e incluso ayudáramos al contrario a levantarse del suelo con una sonrisa si hacía falta»¹⁸.

Para llegar con garantías al evento, al Caudillo le fue tendida una mano desde el máximo órgano rector del fútbol: «El Mundial de 1950 fue una oportunidad política que el Gobierno español intentó aprovechar al máximo con la ayuda de la FIFA [...]. La FIFA había organizado los grupos para la fase de clasificación con gran cuidado. España se enfrentó a Portugal e Irlanda [únicos rivales deportivos entre 1945 y 1950, porque el resto de países no quería enfrentarse a España] con el fin de evitar posibles boicots por parte de sus adversarios»¹⁹.

El episodio más popular se produjo el 2 de julio de 1950 en Maracaná ante 65.000 espectadores. El partido estaba previsto para las 14.00 hora local y tuvo la mejor recaudación del torneo en un partido en el que no participó la selección brasileña. España venía de derrotar a Estados Unidos (3-1) y a Chile (2-0) y le quedaba enfrentarse a Inglaterra. En el minuto 49, en el que sería el único tanto del partido, el delantero vasco Telmo Zarraonandía, Zarra, consiguió batir al meta Williams. El presidente de la federación y ex divisionario azul Armando Muñoz Calero, presa del júbilo, reaccionó con gran patriotismo ante los micrófonos de Radio Nacional en el país sudamericano: «Tengo el honor y la inmensa satisfacción de comunicar a su excelencia el Generalísimo Franco que hemos vencido a la Pérfida Albión»²⁰. Se quedó a gusto. Ganar a Inglaterra era como devolverle la moneda a la Armada Invencible.

La victoria fue relatada en el diario *Marca* del siguiente modo: «Una espléndida demostración al mundo entero de que la nueva España nacida de aquel sangriento conflicto ha recuperado completamente las tradicionales virtudes hispánicas de la pasión, la agresión, la furia, la virilidad y la impetuosidad».

Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que España se había mantenido neutral en el conflicto bélico y sólo había participado tímidamente prestando su apoyo al

bando alemán a través del envío de la División Azul a tierras soviéticas, la nación española era vista a los ojos del resto del mundo como el último representante del fascismo, por lo que Naciones Unidas emprendió un boicot diplomático y económico contra el Estado español. El general Franco comprendió entonces que la mejor solución para España pasaba por desprenderse de ese sambenito político. Este proceso se produjo igualmente a través del fútbol.

En 1947 se recuperó el color rojo tradicional del uniforme del equipo nacional y al mismo tiempo se eliminaron el saludo y canto antes de los partidos. Y aunque otros símbolos pervivieron hasta bastante más adelante —como la obligación de contar con dos falangistas en las juntas directivas de los clubes, vigente hasta 1967—, la propaganda fascista en el fútbol hasta el final de la dictadura fue más diluida.

El gran momento para el Estado español se produjo en 1964 con la conquista del campeonato de Europa de naciones. El rival (político) no podía ser otro mejor: la Unión Soviética (URSS), que por otro lado, era la vigente campeona del torneo. España, además, había sido designada anfitriona de la segunda edición del evento. En la final, que se celebró en el Estadio de Chamartín el 21 de junio de 1964, españoles y soviéticos se iban a ver las caras. La expectación era máxima no sólo por el enfrentamiento deportivo, sino por las connotaciones políticas que revestían el mismo. Acudieron al estadio 79.115 espectadores.

El partido comenzó bien para el equipo ibérico. En el minuto 5 Chus Pereda inauguró el marcador. La alegría duró poco. Dos minutos más tarde un gol de Khousséinov puso el tanteo en tablas. En el minuto 84, en un centro de Pereda por la derecha, Marcelino, con un mítico remate de cabeza, logró batir a Lev Yashin, la Araña Negra (único guardameta que ha ganado el Balón de Oro).

La victoria contra el combinado de la hoz y el martillo supo a gloria. Franco respiró tranquilo. Vencer a la selección soviética era como derrotar al comunismo. Cuatro años antes Franco se había resistido a enfrentarse a la URSS cuando el bombo les emparejó en semifinales. El Caudillo sabía que los soviéticos eran una gran potencia futbolística y no podía arriesgarse a quedar en evidencia ante su gran enemigo político. La federación remitió entonces la siguiente nota: «Se suspenden los partidos con la URSS valederos para la Copa de Europa de Naciones. La federación española ha comunicado a la FIFA que quedan suspendidos dichos encuentros». La UEFA sancionó económicamente a España con 600.000 rublos. Para desgracia del Estado español el combinado rojo se proclamó campeón del certamen.

1.4. El caso brasileño: la búsqueda de la identidad nacional

En Brasil el fútbol también fue utilizado con intenciones propagandísticas y tuvo una influencia decisiva en la construcción y fortalecimiento de la identidad nacional del país. A finales de los años veinte y principios de los años treinta el país sudamericano era una mezcla de nacionalismo y autoritarismo. La república no había sido capaz de fraguar una verdadera nación debido, entre otros motivos, a los fuertes regionalismos existentes, por

lo que para los sectores que ejercían el poder político se imponía una labor urgente: construir la nación brasileña.

El fútbol se convirtió entonces en el medio a través del cual articular este proceso y la selección nacional era el mejor aliado para alcanzar este objetivo. La Copa del Mundo de Fútbol de 1938 en Francia fue el escenario elegido para hacer de ese sueño una realidad palpable. Un evento de características mundiales cumplía todos los requisitos necesarios para lograr el propósito.

En los meses previos a la celebración del torneo se diseñó una campaña de apoyo nacional no sólo de tipo moral, sino también material, cuya finalidad era implicar y hacer participe al mayor número de personas de tal modo que todo el país se involucrase y sintiese responsable del destino de su nación representada a través de la selección de fútbol.

La Confederación Brasileña de Deportes (CBD) lanzó una campaña –la «campaña del sello postal»– a fin de recaudar fondos y financiar a la expedición brasileña en su periplo por tierras europeas. La respuesta fue unánime. El 6 de abril de 1938 el diario de São Paulo *A Gazeta*, recogía en sus páginas: «La Campaña del Sello Postal [...] tuvo un singular éxito [y] está casi agotada la emisión de 100.000 sellos postales. Con esta campaña los aficionados pueden interesarse directamente por el viaje de nuestra selección, porque adquiriendo un sello el hincha hace su apuesta para ir también a la Copa del Mundo [...]. Los que adquirieron el sello [...] no sólo colaboraron patrióticamente con la participación de Brasil en la tercera Copa del Mundo, sino que se convirtieron al mismo tiempo en candidatos a un lugar en la delegación por 500 reales»²¹.

Quedaba claro que la sociedad entera era responsable del éxito de la selección y con ello del éxito del país: «La CBD [...] recaudará 50 millones de reales, una cifra que contribuirá en mucho para que nuestra selección pueda viajar con mayor comodidad para hospedarse mejor en Francia. Y todo eso influye en una mejor disposición de nuestros ases para luchar en aquel importante torneo dentro de sus reales posibilidades. De este modo mayores serán nuestras oportunidades de victoria [...]. Adquirir el sello no es solamente la esperanza personal de irse a Europa y asistir al Campeonato Mundial, sino también un acto patriótico para servir mejor a nuestro ideal común de ver cómo Brasil consigue la posición suprema en el fútbol internacional que sería la conquista de la ¡Copa del Mundo!»²².

Junto a la afirmación de Brasil como nación, la participación mundialista brindaba la ocasión de llevar el buen nombre de Brasil al Viejo Continente. Simbólicamente se reforzó la idea de que aquello no era un simple torneo deportivo, sino una muestra de la fuerza de Brasil a partir del fútbol: «Se espera [...] que esta vez nuestro país actúe en la Copa del Mundo con todas sus mejores posibilidades. No estamos ahorrando ningún esfuerzo. Se espera dar a nuestra delegación el mayor apoyo moral y material posible para que no sólo sea digna de nuestra capacidad futbolística [...], sino también para llevar a cabo [...] una importante y eficiente propaganda del Brasil»²³.

El día anterior al estreno de la selección *canarinha* el diario *A Gazeta* dejaba clara la implicación de todo el país en el evento: «Todo Brasil, deportivo o no, estará con su atención concentrada mañana, en el debut de los brasileños [...]. Nunca antes el alma del

pueblo brasileño vibró tanto en torno a la campaña de una representación nacional en una competición deportiva en el extranjero [...]; por primera vez nos comprometimos seriamente en dirigirnos al otro lado del Atlántico perfectamente organizados y contando con el apoyo moral y material de toda la nación»²⁴.

El domingo 5 de junio de 1938 se produjo el debut carioca con una victoria ajustada sobre la selección polaca por 6 tantos a 5. El ajustado triunfo y la ansiedad ante el primer encuentro vivida por el colectivo brasileño en el país sirvió aún más para fortalecer los vínculos nacionales. La alegría de la victoria fue celebrada por todo lo alto y de ella fueron partícipes todos y cada uno de los ciudadanos brasileños: «1.000, 10.000, 200.000 o un número mayor de personas, tal vez la población entera de São Paulo manifestó el domingo su enorme alegría por el triunfo de los brasileños en el primer partido de la Copa del Mundo»²⁵.

La victoria dejaba claras posibilidades propagandísticas y diplomáticas del balón: «Nunca [...] los brasileños en general tuvieron la ocasión de comprobar la enorme utilidad del fútbol como elemento de propaganda en el extranjero. Lo que nuestra diplomacia mal puede llevar a cabo, lo que nuestras misiones de expansión en el resto del mundo no consiguen hacer el fútbol llevó a cabo en un abrir y cerrar de ojos»²⁶.

El segundo partido de los cariocas contra Checoslovaquia también fue intenso. El enfrentamiento acabó en tablas, lo que hizo necesario un encuentro de desempate. Se jugó dos días después, el 14 de junio. En esta ocasión los sudamericanos vencieron por 2 goles a 1. La expectación fue notable antes, durante y después del partido: «El desarrollo del partido Brasil-Checoslovaquia fue acompañado por la población de esa capital (Recife) con gran entusiasmo. Al mediodía se suspendió la atención en las oficinas públicas y se cerró el comercio. Después de la victoria de los jugadores brasileños el pueblo recorrió las calles de la ciudad dando vivas a los jugadores. Hablaron varios oradores exaltando el mérito de los *cracks* que de manera tan brillante clasificaron a Brasil a la semifinal de la Copa del Mundo»²⁷.

Las muestras de patriotismo esta vez también vinieron desde fuentes del Gobierno federal. El ministro de Educación, Gustavo Capanema, enviaba el siguiente telegrama a la delegación carioca: «La victoria de hoy tiene un sentido: todo por Brasil»²⁸.

Ya en semifinales Brasil debía medirse contra Italia. En principio el conjunto carioca era superior. Por este motivo el seleccionador Ademar Pimenta decidió dar descanso a algunos jugadores titulares y reservarlos para la final. Sin embargo, los italianos resultaron unos rivales duros y se hicieron con la victoria por 2-1. La derrota no dejó indiferente a nadie. Así lo relataba el *Correio da Manhã*: «Como consecuencia del grave nerviosismo popular se verificaron ayer a la noche numerosos incidentes personales. Merece ser destacado el caso de la joven María de Lourdes, de 22 años de edad, la cual alentaba apasionadamente y al conocer la derrota del equipo brasileño intentó suicidarse ingiriendo una fuerte dosis de veneno. María de Lourdes se encuentra en gravísimo estado»²⁹.

Tras la derrota contra Italia la disputa por el tercer y cuarto puesto contra Suecia se saldó a favor de los sudamericanos de manera contundente —4 goles a 1 fue el resultado— y con ello la recuperación del orgullo nacional.

Una vez finalizada la competición y de vuelta a casa, los héroes del balompié fueron recibidos en el país por todo lo alto: «El tercer campeonato mundial, como es sabido, convocó a todo Brasil, de Norte a Sur, y era natural que la recepción de los ases al desembarcar en Río habría de constituir un espectáculo inolvidable. Todos nuestros ases fueron homenajeados como merecían, pues todos jugaron y el mérito del tercer lugar fue por igual»³⁰. Objetivo cumplido.

2. El fútbol como droga social

El concepto de fútbol como droga social, término acuñado por el historiador británico Paul Preston y entendido como la capacidad de mantener a la población en un estado de pasividad política de tal manera que se eviten levantamientos y manifestaciones, ha sido uno de los aspectos habitualmente más utilizados por los regímenes políticos de todo el mundo como herramienta de control de la población.

En España «el fútbol espectáculo como una rama del deporte fue el asidero para controlar manifestaciones populares conflictivas, pues se sabía cómo el bajo nivel cultural del pueblo reaccionaría ante el temor de posibles represiones, ofreciéndole para excusarse de estas manifestaciones todo un repertorio futbolístico de calidad o de otro tipo de actividades deportivas que sirvieron para anular, por ejemplo, las proyectadas algaradas de primero de mayo, o de forma esporádica, en otros momentos en los cuales la tensión podría producir motivaciones de tipo conflictivo en la clase obrera»³¹.

El periodista Julián García Candau ha analizado con detalle esta relación entre la política y el fútbol en *El fútbol sin ley* (1980): «El fútbol ha constituido en España, desde que acabó la Guerra Civil, la espita que ha dado paso a represiones y añoranzas en otros terrenos»³².

La situación del país una vez concluido el conflicto bélico era desoladora. En una España devastada por la contienda, el hambre y la precariedad amenazaban a la mayor parte de las familias, por lo que existía una demanda de diversión y entretenimiento para evadirse de la cruda realidad. Las opciones, sin embargo, no eran muy amplias, por lo que rápidamente, sobre los escombros de la guerra, comenzó a disputarse de nuevo el Campeonato de Liga y la Copa del Generalísimo (antes de la guerra llamada Copa Alfonso XIII y luego Copa de España).

Con este panorama de fondo el Estadio de Chamartín y el Metropolitano registraban a menudo aforo completo: «Cuando la guerra civil terminó el panorama del fútbol nacional era tan sombrío como el horizonte general del país [...]. La gente ansiaba normalizarse, volver a la vida que la guerra parecía haber destruido para siempre, y especialmente deseaba olvidar. El fútbol siempre ha sido en este sentido una especie de opio que ha ayudado a pasar los malos tragos y ha hecho olvidar muchas situaciones que de otro modo hubiesen parecido insostenibles [...]. Durante casi cuarenta años los españoles [...] nos hemos preocupado menos de las realidades de nuestro país que de saber cómo quedaría clasificado nuestro equipo favorito»³³.

El fútbol como droga social se evidenciaba en declaraciones de los presidentes de los dos clubes madrileños. Vicente Calderón, presidente del Atlético de Madrid, afirmaba: «¡Ojalá el fútbol entonteciera al país y ojalá pensaran en el fútbol tres días antes y tres días después del partido! Así no pensarían en otras cosas más peligrosas»³⁴. Santiago Bernabéu, presidente del Real Madrid, admitía: «Estamos prestando un servicio a la nación [...] porque a la gente le gusta mucho el fútbol, y con el fútbol los españoles hacen más llevaderos sus problemas cotidianos. Estamos en un momento de incomprensión tan grande y de una zarabanda tan horrible que la gente quiere tranquilidad de verdad. No quiere problemas. El fútbol es el recurso para que la masa se olvide del resto de los problemas»³⁵.

La televisión fue un instrumento de gran de ayuda para el régimen, que la utilizó eficazmente para cumplir su papel de sacar a la población de las calles y concentrarla en sus casas, especialmente en días tan señalados como el primero de mayo y su víspera, cuando las manifestaciones de trabajadores amenazaban con tener mayor repercusión: «Los mil goles de Pelé o los partidos de liga incitaban al personal a tomar asiento ante los televisores en blanco y negro antes que correr delante de los grises. En los últimos años del régimen un Real Madrid-Barcelona fue adelantado al viernes y televisado para contrarrestar una concentración que estaba anunciada en la Casa de Campo de Madrid»³⁶.

La técnica del fútbol como droga social tiene raíces consolidadas en las dictaduras sudamericanas: Brasil (1964-1985), Chile (1973-1989), Uruguay (1973-1985) y Argentina (1978-1983). Los gobiernos, en general, prefieren un pueblo desmovilizado desde el punto de vista político, ya que esa pasividad facilita el ejercicio del poder. En los regímenes autoritarios esa ausencia de movilización adquiere matices más significativos.

A través de un golpe de Estado militar se toma el poder de manera violenta eliminando o exiliando a sus opositores. A partir de aquí el pueblo es intimidado y obligado a obedecer. No obstante, los nuevos dirigentes saben que el temor a la represión puede no ser suficiente y para controlar cualquier tipo de levantamiento se recurre a la clásica fórmula romana del *panem et circenses* [pan y circo] –el fútbol cumple la función del circo– para dominar la situación.

En el caso de América Latina la zona raramente ha gozado de la estabilidad política deseable. El fútbol, sin embargo, permite alcanzar esta situación primero, distrayendo a los ciudadanos y apaciguando de este modo sus ánimos exasperados, segundo, por medio de un conjunto de éxitos deportivos que permitan relacionar las victorias futbolísticas con éxitos políticos.

Durante la vigencia de los regímenes militares sudamericanos éstos tomaron diversas medidas para asegurarse de que el fútbol era un dique de contención de las almas políticas inquietas. Las crónicas afirman que grandes cantidades de dinero permitieron a distintos clubes en bancarrota resistir las tentadoras ofertas que llegaban desde el otro lado del Atlántico para importar a los principales jugadores de la época. En Brasil Pelé permaneció en el Santos de São Paulo prácticamente durante toda su carrera como futbolista –de 1956 a 1974– después de que en 1960 fuese declarado por el Gobierno «tesoro nacional no exportable».

En Argentina Diego Armando Maradona también estuvo retenido por el poder político hasta 1982, año en que se marchó a España. «¡Maradona no se vende, Maradona no se va, Maradona es patrimonio nacional!», gritaban los hinchas violentos, barras bravas, en los graderíos dirigiéndose a los representantes de la nación. En 1979 el Fútbol Club Barcelona ya había intentado hacerse con los servicios del jugador, pero la rápida intervención de los militares paralizó la operación. Los dirigentes sudamericanos eran conscientes de lo que representaba el Pelusa para la patria: «Todos los militares deseaban que se quedara en el país. Maradona era un buen elemento de distracción cuando las cosas se tornaban difíciles para el régimen. Él hacía feliz a la gente. Los romanos utilizaron el circo; nuestros militares, los estadios de fútbol»³⁷. La junta militar argentina también se sirvió de los medios de comunicación para alcanzar la máxima anestesia política entre la población y se llegó a transmitir seis partidos por semana al tiempo que se compensaba económicamente a los clubes por la disminución en la asistencia a los estadios.

En Chile la fuerte relación entre el fútbol y la política se hizo más intensa a partir de la caída del líder socialista y presidente de la República, Salvador Allende, con el golpe de Estado militar de Augusto Pinochet el 11 de septiembre de 1973. Durante la dictadura el general rescató a varios equipos —el Everton de Viña del Mar y el Rangers de Talca— de una situación financiera comprometida, ya que la desaparición de estos equipos implicaba que numerosas personas de distintas barriadas chilenas no podían disfrutar de su principal afición —y distraerse— y estarían en las calles ocasionando problemas. Además, el dictador se proclamó presidente del club más popular del país, el Colo Colo de Santiago, entre 1981 y 1984.

3. Los éxitos (fracasos) futbolísticos como éxitos (fracasos) políticos

Junto con la posibilidad de los regímenes totalitarios de utilizar el fútbol como droga social, los dirigentes políticos utilizan los éxitos futbolísticos como mecanismo reparador de los fracasos en otros campos. Es lo que se conoce como la politización del fútbol. El presidente norteamericano Gerald Ford llegó a decir en su día que «un acontecimiento deportivo puede servir a una nación tanto como una victoria militar».

Esta idea también ha tenido un profundo eco en la historia de América Latina, donde «la frontera entre el fútbol y la política es tan tenue que resulta casi imperceptible»³⁸. Muchos de los regímenes dictatoriales sudamericanos de mediados y finales del siglo XX gastaron también ingentes sumas de dinero para asegurarse una selección nacional de éxito. Brasil, Uruguay o Chile son casos de *nacionalfutbolismo*, aunque poco comparables con la cifra que dispendió el general Jorge Rafael Videla para el Mundial de Argentina de 1978; algunas fuentes lo cifran en un 10% del presupuesto nacional.

La junta militar había llegado al poder el 24 de marzo de 1976 a través del denominado Proceso de Reorganización Nacional, un golpe de Estado dirigido por el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Jorge Rafael Videla, el almirante Eduardo Emilio Massera y el comandante general de la Fuerza Aérea, Orlando Ramón Agosti, por el que se eli-

minó del mando a María Estela Martínez –viuda de Juan Domingo Perón–, en el poder desde el 1 de julio de 1974.

Una vez que la junta, presidida por Videla, se hizo con el mando del país, dispuso un Gobierno nacional formado por la Armada, el Ejército y la Fuerza Aérea. Inmediatamente se eliminó cualquier forma de participación popular y se dispuso, entre otras medidas, la disolución del Congreso, el cese de la actividad de los partidos políticos, la destitución de la Corte Suprema de Justicia, la intervención de los sindicatos, la suspensión de los derechos de los trabajadores, la censura los medios de comunicación y la prohibición de huelga.

Durante los meses siguientes al golpe militar se inició una campaña de persecución ideológica por medio del secuestro, la tortura y la desaparición de toda oposición y voz disidente a la oficial. Para ocultar estas acciones, el régimen ideó la figura de los desaparecidos, eufemismo a través del cual sus ideólogos identificaban a las víctimas del régimen. En 1977 el Gobierno militar fue denunciado ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) bajo la acusación de haber cometido 2.300 asesinatos, más de 10.000 arrestos por causas políticas y ser responsable de la desaparición de entre 20.000 y 30.000 personas.

En este contexto los militares entendieron que el Mundial de 1978 –«la fiesta de todos», como lo denominaron– era un buen aliado como maniobra de distracción de lo que estaba ocurriendo en el interior del país y un medio para lavar su imagen en el extranjero. El Mundial se convirtió en una cuestión de Estado. Para ello poco después del golpe militar se puso en funcionamiento la Operación Copa del Mundo. Se creó un organismo oficial, el Ente Autárquico Mundial 78 (EAM 78), con el objetivo de diseñar la agenda del campeonato y manejar las finanzas. A su frente estaba el general Omar Actis secundado por el capitán Carlos Alberto Lacoste. Las diferencias entre ambos, el primero más partidario de la austeridad y el segundo del dispendio, se saldó con el asesinato de Actis, que fue relevado en el puesto por el general Antonio Merlo. La inversión total en el evento fue de 520 millones de dólares. Con ese presupuesto se podían haber organizado cuatro mundiales como el de 1982 en España. Los elevados gastos trajeron de cabeza al ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, que avisó de los excesos a Videla. La respuesta de éste fue expedita: «Aunque costara cien millones de dólares más, aún sería beneficioso para la Argentina».

El lateral derecho de Huracán, Jorge Carrascosa, una de las figuras destacadas en los partidos preparatorios del mundial, se retiró de la selección antes del comienzo del campeonato consciente de su politización: «De ninguna manera voy a ser instrumento de esta dictadura militar»³⁹. El seleccionador argentino, César Luis Menotti, el Flaco, antes de la celebración del evento, afirmaba: «Si Argentina aparte de organizar los campeonatos consigue una buena clasificación, muchos de los problemas del pueblo argentino quedarán resueltos».

Lo primero que hizo la cúpula militar fue contratar los servicios de la consultora norteamericana Burson-Marsteller & Asociados –especializada en mejorar la imagen de naciones y gobiernos– con el fin de promocionar el país y contrarrestar la «campaña antiargentina orquestada desde el exterior», como la apellidaron los propios militares.

Desde Europa algunos países –principalmente Holanda y Francia– denunciaban las violaciones a los derechos humanos y proponían un «boicot a la copa del mundo entre campos de concentración».

El día de la ceremonia de bienvenida, el jueves 1 de junio, 80.000 personas asistieron al Estadio Antonio Vespucio Liberti, El Monumental. Tras el himno nacional comenzaron las intervenciones. En primer lugar habló el interventor de la Asociación de Futbolistas Argentina (AFA), Alfredo Cantilo. La consigna estaba clara, transmitir normalidad. «Bienvenidos a esta tierra de paz, libertad y justicia, que se siente honrada con vuestra presencia», dijo. Luego dio su discurso el que fuera presidente de la FIFA, João Havelange. Y finalmente le tocó el turno a Videla, quien se explayó y dio por inaugurada oficialmente la competición anunciando que era «un día de júbilo para la nación argentina en el marco de esta confrontación deportiva caracterizada por su caballerosidad, en el marco de amistad entre los hombres y los pueblos».

El mundial se disputó a lo largo de 25 días, en cinco ciudades y con 16 selecciones participantes. Las redacciones de los medios de comunicación fueron avisadas varias semanas antes del inicio de la competición a través de una circular oficial sobre cuál debía ser la línea editorial a seguir. En la redacción de la revista *Goles Match* se recibió el siguiente mensaje: «La línea política de nuestras publicaciones debe ser prolijamente encauzada hacia una actitud mesurada y constructiva, de inteligente apoyo crítico a las instituciones, a las autoridades y a los hombres que tienen y tendrán la muy compleja tarea de llevar a buen destino las actuales y futuras etapas del país. En ese sentido seremos absolutamente intransigentes con toda manifestación periodística que apunte irresponsablemente a fomentar descontentos o tienda a la disociación de la paz social o de la unidad nacional»⁴⁰.

En las oficinas de *Radio Splendid* hubo advertencias similares: «En consideración al espíritu patriótico que debe guiar a todos los argentinos ante el mundo durante los próximos días y hasta la finalización del Campeonato Mundial de Fútbol 78 fíjese como pauta oficial de la emisora la abstención absoluta de comentarios adversos a nuestra selección en forma particular o general en todos los programas de la misma, sin excepción»⁴¹.

La operación del régimen estaba bien diseñada y los resultados no tardaron en llegar. Videla quería, como Mussolini, su mundial y lo consiguió. Argentina derrotó en la primera fase a Hungría (2-1) y Francia (2-1), y perdió contra Italia (1-0). En la segunda fase debía medirse a Polonia (a la que ganó por 2-0), a Brasil (empate a 0 fue el resultado) y a Perú. A la selección peruana debía ganarla por cuatro goles de diferencia y así lo hizo: 6-0 fue el resultado final. El encuentro pervive en el recuerdo como uno de los partidos más amañados de la historia, no sólo por lo abultado del resultado sino porque el portero peruano Quiroga era argentino de nacimiento.

En la final, el 25 de junio en El Monumental, argentinos y holandeses tenían que verse las caras. El día anterior *La Prensa* intentaba acallar los comentarios políticos negativos que llegaban desde Europa: «De acuerdo con informaciones procedentes de los Países Bajos, se ha desarrollado allí un estado de genuina presión psicológica con respecto a cómo comportarse de cara a las autoridades y a la persona del presidente argentino. Los